

## 4. La Formación Continua

### LA FORMACIÓN CONTINUA EN LA C.M.

JOSÉ ANTONIO UBILLÚS LAMADRID, C.M.

Asistente General

La idea de la formación permanente para la Congregación empezó en tiempos de San Vicente de Paúl. En el acta de la primera Asamblea celebrada en vida de San Vicente, en octubre de 1642, leemos lo siguiente:

*Luego la Compañía resolvió dos cosas: la primera, que en adelante se haría una segunda probación; que esta probación se haría en San Lázaro, o en otra parte, donde el superior general lo indicase; que no se haría hasta 6 o 7 años después del seminario, por espacio de un año, aunque el superior general tendría siempre la facultad de retrasarla algún año más o abreviar el año de esta probación, como lo juzgue conveniente para el bien de los individuos y las necesidades de la Compañía (SV XIII, 295 - ES X, 360).*

Aunque el deseo de la asamblea era muy claro, el tiempo no estaba maduro para realizar tal programa. La Asamblea de 1711, sin embargo, creyó que el tiempo propicio había llegado, y en consecuencia el P. Jean Bonnet, Superior General de 1711 a 1735, decidió, con el consentimiento de su Consejo, empezar dicho programa el 15 de Agosto de 1712 en Saint Charles, anteriormente seminario en la propiedad de San Lázaro. Este seminario de renovación, como se llamaba, continuó por varios años, pero por dificultades financieras en Francia hubo que cerrarlo (cf. J. RYBOLT, "Informe sobre el Centro Internacional de Formación: San Vicente de Paúl - CIF", en *Vincentiana* 3 [2002], p. 2).

Pasaron varias generaciones hasta que las Constituciones 1984 vuelven a señalar la importancia de la formación permanente. En el artículo 81, dicen: *La formación de los nuestros ha de prolongarse y renovarse todo el tiempo de la vida.* Igualmente, Los Estatutos, en artículo 42, señalan: *Con la ayuda de la Comisión de Formación cada una de las Provincias procure organizar y fomentar la formación permanente tanto comunitaria como individual.* Sin embargo,

fue la Asamblea General de 1992 la que decretó que se abriesen de nuevo esos cursos de renovación. Como resultado de esta decisión, el P. Robert Maloney, Superior General, y Consejo fundaron lo que más tarde había de llamarse Centro Internacional de Formación San Vicente de Paúl (CIF), el cual empezó a prestar sus servicios en Septiembre de 1994.

Desde que el Concilio Vaticano II señaló nuevos caminos para la formación sacerdotal y religiosa, el concepto de formación en general y de la formación permanente han evolucionado a partir de las diversas experiencias formativas que el mismo Concilio impulsó. La formación permanente implica una dedicación y esfuerzo constantes de renovación espiritual, intelectual, práctica y operacional que nos permite captar y responder a las nuevas realidades de un mundo en continua mutación, y transmitir la palabra de Dios a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, muy especialmente a los pobres y marginados; se trata de una dimensión integrante del proceso de “continua conversión”.

Precisamente, es este espíritu el que anima los esfuerzos que hace actualmente la Congregación de la Misión por la formación permanente de sus miembros, cuyos dos signos mayores son el CIF y el Encuentro Internacional de Visitadores en México, de junio de 2007, el cual tuvo tema central: **La Formación Continua del Misionero, hoy** (cf. *Vincentiana* 3 [2007]).

En una carta dirigida a los directores del CIF por un misionero que había hecho el curso de formación permanente, entre otras cosas, dice lo siguiente:

*“...Los meses pasados en el CIF han sido una de las mejores experiencias que he tenido en mi vida de comunidad. Me han proporcionado la oportunidad de reflexionar en mi ministerio y en mi vocación, me han dado la oportunidad también de compartir y de escuchar las experiencias y ministerios de otros vicentinos, y lo que es más importante, me han dado ocasión de llegar más cerca y de profundizar en el carisma e historia de Vicente y de la Congregación... He vuelto renovado y con una mente abierta sobre lo que significa servir al pobre de diferentes maneras como un vicentino”* (cf. J. RYBOLT, *ibidem*, p. 1).

Y en la carta sobre la formación permanente dirigida por el Superior General, P. Gregory Gay, a los miembros de la Congregación de la Misión después del Encuentro de Visitadores en México, dice:

*“El seguimiento de Cristo, evangelizador de los pobres, constituye el eje principal de la formación vicenciana. Nuestra identidad como misioneros no se nos da una vez por todas; más bien es el resultado de nuestra relación diaria con Cristo, con la comunidad*

*a la que pertenecemos, con el mundo, y con los pobres. Estamos convencidos de que la formación no es un estado adquirido sino más bien un camino: la formación inicial es una introducción a este camino que dura toda la vida*" (cf. G.G. GAY, "La Formación Continua", en *Vincentiana* 1/2 [2008], pp. 11-14).

Finalmente, creo que la formación permanente es una exigencia de nuestra vocación espiritual y apostólica, ya que necesitamos reavivar continuamente el don recibido, mantenerlo siempre encendido y tener fresca la novedad permanente del don de Dios. El seguimiento de Cristo, evangelizador de los pobres, conlleva un dinamismo que requiere ser alimentado y renovado incesantemente y su llamado a seguirlo se repite en cada momento, y nos pide un esfuerzo constante para revestirnos progresivamente de sus sentimientos, ya que por nuestro ser de pecadores jamás podremos suponer que hemos realizado totalmente la gestación de aquel hombre nuevo que experimentamos dentro de nosotros ni que poseemos en todas las circunstancias de nuestra vida los mismos sentimientos de Cristo. Desde esta perspectiva, como señala muy bien el P. General, la formación permanente implica vivir en un proceso continuo de conversión y renovación espiritual.